

Laureano Gómez

Biografía crítica

Raúl Pacheco Blanco

Laureano Gómez Biografía crítica

Colección Presidentes de Colombia N° 13

© Raúl Pacheco Blanco

Primera edición 2019

Reimpresión diciembre de 2020

El Libro Total

ISBN 9781005845827

El Libro Total

Sin que preexista autorización escrita del autor y el editor, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio de comercio literario. Hecho el depósito legal en Colombia. Todos los derechos reservados.

INDICE

Capítulo 1 Los primeros tiempos Su origen ocañero	6
Capítulo 2 Sus primeros años	9
Capítulo 3 Su iniciación en el periodismo	13
Capítulo 4 Nacionalistas e históricos	18
Capítulo 5 Gómez y el señor Suárez	30
Capítulo 6 Aparecen “Los Leopardos”	65
Capítulo 7 Laureano Gómez el conferencista	97
Capítulo 8 El romanismo ante Gómez	109
Capítulo 9 La siniestra amistad	117
Capítulo 10 La división liberal: Turbay y Gaitán	185
Capítulo 11 El gobierno de Ospina	201
Capítulo 12 Gómez en el poder	223
Capítulo 13 La Reforma Constitucional	234
Capítulo 14 El pensamiento de Gómez	249
Capítulo 15 Gómez y el “Mariscal” Alzate	259
Capítulo 16 El golpe de Estado	273
Capítulo 17 En el salón de los virreyes	288
Capítulo 18 El Frente Nacional	295
Bibliografía	320

Capítulo I

Los primeros tiempos. Su origen ocañero

El departamento Norte de Santander no tiene una composición étnica y cultural homogénea. Aparecen tres regiones de muy marcada diferencia, como es el caso de Cúcuta, su capital, Pamplona y Ocaña. Los cucuteños descienden de los indios motilones, una tribu guerrera, de coloración morena y baja estatura, mientras los pamploneses vienen de los indios chitareros y los ocañeros de los hacaritamas, ya muy ligados con los caribes. (Gutiérrez Fulgencio, pág. 30), Orlando Pacheco, edición particular sin paginación).

Cúcuta ha sido denominada como una ciudad binacional, por el hecho de ser puerto terrestre y cuya vida comercial se nutre completamente de la clientela venezolana. Pamplona en cambio, es la ciudad de la cultura, de la educación, con una tradición de muchos años, primero con sus colegios y ahora con su universidad, que es más importante que las universidades cucuteñas.

Pero el pamplonés es muy diferente de los ocañeros y de los cucuteños. El pamplonés, dadas sus tradiciones y de haber sido prácticamente la matriz del oriente colombiano, junto con el Socorro en Santander, tiene unos modales y unas costumbres que los acercan un tanto a los cachacos bogotanos, dentro de una cortesía de tierra fría.

Su población es mestiza, de temperamento reposado, muy inclinado a las actividades intelectuales. Los cucuteños en cambio,

son más belicosos, de textura morena, baja estatura y con una fuerte vocación comercial. Los ocañeros son más costeños. Dado su origen, que los emparenta con los caribes, y como decíamos atrás, con los hacaritamas, su sangre tiende más hacia el caribe que hacia el sector andino.

Cuentan los historiadores que Ocaña perteneció al cantón de Mompo en alguna época y también a la provincia de Santa Marta, por disposición de la Audiencia de Santa Fe, presidida por Andrés Venero de Leyva (Pacheco Orlando, sin paginación).

Así que tanto por la composición étnica como por su situación geográfica, además de la historia, está más del lado de la cultura caribe, que algunos llaman cultura Mosquito y otras Bajomagdalense, como lo señala el historiador Gregorio Hernández de Alba, que de la andina.

Y si a esto le agregamos la manera de ser del ocañero, extrovertido, abierto, con un acento más costeño que andino, lo mismo que sus costumbres, se acerca más al tipo costeño. Ellos de por sí, se sienten más costeños que santandereanos. Son amigos de la fiesta, de la parranda, tal como los habitantes de la Costa.

Y difieren de los pamploneses y de los cucuteños, en que tienen una piel más blanca, de ahí la tradicional belleza de sus mujeres, famosas desde la independencia con las hermanas Ibáñez, Bernardina y Nicolasa, quienes se convirtieron en el centro social de la política, en base a su amistad con los próceres de la Independencia y particularmente con el Libertador y el general Santander. Así que se comete un error cuando los biógrafos de

Laureano Gómez señalan que su fuerte temperamento es expresión de su origen ocañero, porque el temperamento del ocañero es muy diferente del tradicional temperamento santandereano.

De Ocaña vienen los Gómez, de varias generaciones de Laureanos. El segundo fue precisamente su padre, quien se dedicaba en Ocaña al préstamo de dinero a interés, con sus tradicionales ribetes de usura, que en los pueblos identifican como usureros, lo cual produjo la antipatía que le prodigaba la clientela ocañera beneficiaria de su dinero en préstamo. A tal punto, que en los carnavales tradicionales de la ciudad, vinieron a caracterizarlo en un muñeco que expresaba sus rasgos fuertes, su ademán fiero y demás características físicas y temperamentales. El muñeco era lanzado sobre el público, como si se tratara de una catapulta, o de una amenaza contra la población.

Y José Laureano, así era su nombre de pila, como se sintiera irrespetado y vejado por su condición de usurero, reflejando en ello la antipatía que despertaba, decidió liar bártulos y emprender viaje hacia Bogotá, cuando su señora, doña Dolores Castro llevaba ya en su vientre a quien sería Laureano Gómez Castro. (Uribe, Juan, pág. 15-16).

Lo que sí queda claro es que el temperamento de Gómez lo hereda de su padre, José Laureano, pues precisamente por su genio y figura, por su temperamento, se granjeó la antipatía de los ocañeros, con el valor agregado de su afán de lucro, para que los ocañeros no resistieran la tentación de decírselo en lenguaje de carnaval.

Capítulo 2

Sus primeros años

La decisión de don José Laureano de abandonar Ocaña no fue producto de una reacción momentánea, de escasa trascendencia. Antes por el contrario, fue definitiva, cortando toda vinculación con su pueblo con el viaje hacia Bogotá.

El traslado se organizó a la usanza de la época, en mulas de silla hasta Gamarra, para tomar ahí la vía fluvial en la Dorada y, de ahí, nuevamente a lomo de mula hasta Bogotá.

Era toda una odisea y durante la travesía se enfrentaban a grandes riesgos. Al llegar a Bogotá se instalaron en una casa de la calle sexta con carrera sexta, ubicada dentro del barrio de la Candelaria, que en esa época era la zona residencial por excelencia de la gente pudiente.

Allí en esa casa nacería Laureano Gómez el 20 de febrero de 1.889, cuando ya declinaba el siglo XIX. Don José Laureano no llegó como un modesto provinciano a soportar los rigores del clima, del atuendo, de las costumbres y de las gentes, sino que posicionó a su familia desde el momento en que arribaron, pues el barrio elegido tenía su solera y las amistades que iría a frecuentar se contaban entre las mejores de la ciudad.

Así que Gómez no irá a escalar socialmente peldaño por peldaño, sino de una vez comienza por arriba.

Allí fue bautizado nada menos que por monseñor Carlos Cortés Lee, el 15 de abril del año de su nacimiento, en la iglesia de santa Bárbara, con los bien timbrados nombres de Laureano Eleuterio. Andando el tiempo el niño Laureano Gómez gozaría en

sus primeros estudios de una preceptora, la señorita Dolores Berinña, quien le enseñaría a leer y escribir y le inculcaría el gusto por la lectura.

Luego fue monaguillo de monseñor Cortés Lee, el pastor que lo había bautizado y con quien haría buenas migas no obstante el difícil carácter del prelado. Bogotá era una ciudad pequeña por esas calendas, de calles frías y desiertas, de gente enfundada en abrigos y pañolones, con una neblina gris y una lluvia permanente.

Por esa época se almorzaba a las nueve o diez de la mañana, se tomaba las onces a la una de la tarde y se comía a las cuatro. Las casas se alumbraban con lámparas de petróleo.

Así esperaba la ciudad la llegada del nuevo siglo, cuando avanzaba la república conservadora, iniciada por la Regeneración en 1.886. Era pues, una ciudad provinciana y conservadora que avanzaba lentamente hacia el nuevo siglo.

En 1.930 Laureano Gómez ingresaría al colegio de San Bartolomé, uno de los bastiones culturales del clero católico, donde se estaban formando las élites que gobernarían el país.

Allí sería discípulo aplicado de los jesuitas, quienes le inculcarían, si acaso faltaba, las ideas religiosas y también las políticas, con tanto ardor, que el discípulo se sintió comprometido de por vida a mantener una fidelidad total con esas enseñanzas.

Y los jesuitas, con esa amplia experiencia en la educación y en la formación de la juventud, se trazaron la meta de sacar adelante a ese alumno aventajado y convertirlo en un cruzado de la fe católica.